

México Insurgente

EXCELSIOR
28 MARZO 72

Película de Capital Importancia Para el Celuloide Nacional

Por EMILIO GARCIA
BIERA

Creo que todos cuantos asistimos el domingo pasado a una exhibición privada de la película de Paul Leduc *México insurgente*, quedamos con la misma sensación: la de haber visto una obra de verdad importante, esto es, una cinta con las cualidades necesarias para marcar el inicio de una nueva etapa en la historia del cine mexicano.

Como es sabido, Leduc y su excelente equipo —el fotógrafo Alexis Grivas, los productores Salvador López, Luis Barranco y Berta Navarro, los editores Giovanni Korporaal y Rafael Castanedo, los actores Claudio Obregón, Eduardo López Rojas y muchísimos más—, trabajaron durante más de tres meses para hacer esta película insólita en condiciones independientes, o sea, al margen del dispositivo cinematográfico industrial. Pero el resultado no tiene nada de amateur; por el contrario, la inmensa mayoría de las películas "industriales" del cine nacional correrán el riesgo de parecer pobres obras de aficionados frente al alarde de rigor, seriedad e inspiración que es *México insurgente*. (Inclusive, esta cinta de dos horas y pico de duración tiene un empaque espectacular que ya quisieran muchas "superproducciones").

La película no es tanto una adaptación del bello libro de John Reed, el periodista norteamericano que legó al mun-

do extraordinarios testimonios de las revoluciones mexicana y soviética, como una visión de la experiencia en México y del propio Reed. No sólo vemos lo que vio Reed, sino cómo lo vio. En virtud de ello, Reed (encarnado por un Claudio Obregón sobriamente emotivo) trasciende la calidad de mero testigo de la epopeya revolucionaria para convertirse en uno de sus personajes, con todos los problemas de concernencia que tal condición lleva aparejados. Y es tal sentimiento de concernencia el que nos impide asistir a la película con esa suerte de lejanía tranquilizadora, de *diz* que objetividad, que hace inerte a la historia y que nos impide reconocer en ella los signos de nuestro propio destino.

Leduc ha logrado, pues, algo más que una reconstrucción histórica: *México insurgente* vale como vehículo para reinstalarnos en la propia historia. Y por ello mismo, el realizador, muy sabiamente, no ha pretendido revivir a la Revolución adornándola con los prestigios de un realismo convencional a la moda, sino que ha respetado muy estrictamente la única óptica cierta que de ella podemos tener. De ahí que sus imágenes, filmadas en blanco y negro y viradas en sepia y otros tonos cromáticos, tengan la calidad y la textura de los viejos documentos fotográficos y cinematográficos (Casasola, Toscano, Avitia) que informan nuestra

imaginación de los hechos revolucionarios.

Pero, en el caso de Leduc, esa imaginación funciona para animar a las imágenes, precisamente. De pronto, vemos cómo figuras que diríanse salidas de un álbum amarillento hablan y actúan con una espontaneidad, con una vida escalofriante. Se derrumba una vez más el mito del actor profesional: el ceramista Hugo Velázquez, el cineasta Carlos (Chu) Castañón o el escritor Eraclio Zepeda, bien conocidos en el medio artístico y cultural, se transforman en el mexicanísimo (auténtico) Longino, en el curioso y fantasioso Fidencio o en el Pancho Villa más verdadero que se haya visto jamás en cine.

Diríase que todo un ciclo se cierra para volver al punto de origen, pero a un nivel superior. Desaparecen la visión plasticista y folclorizante de Eisenstein, las distancias pequeñoburguesas (estéticamente válidas, por otra parte) de Fernando de Fuentes, los embellecimientos románticos y nostálgicos de Emilio Fernández, para re-

gresar a la imaginaria original de la Revolución, al documento puro y simple. Pero ese documento cobra un sentido y se niega a sí mismo como tal para imponernos su vigencia, su nueva actualidad. En otras palabras, la Revolución es rescatada del museo cinematográfico para iniciar una nueva vida en otro cine que podrá ser cualquier cosa menos museo.

Por eso decía al principio de esta nota que la película puede marcar una nueva etapa en la historia del cine nacional. La película de Leduc dista mucho de ser un bonito epitafio; por el contrario, abre para el cine mexicano infinitas posibilidades de desarrollo dialéctico. Un desarrollo, repito, presidido por el espíritu de concernencia. E incidentalmente, no me cabe la menor duda de que *México insurgente*, si recibe la promoción que merece, reinstalará a nuestro cine en la actualidad cinematográfica internacional. A menos, claro, de que la mezquindad burocrática impida el libre vuelo de una obra tan extraordinaria.

El mes Próximo, en Celuloide